



Pablo Gonz

Lavrenti y el soldado herido

Scénariet



Preámbulo

LAVRENTI SE DESPIERTA Y DESCUBRE que le han robado su espejo de latón. «Maldita sea —dice—, ahora debo averiguar quién lo hizo para arrancarle la piel a tiras.» Y se levanta.

Metido en sus pantalones de cuero y en su jersey de lana, el hombre llega a la Plaza Roja y le pregunta a un vendedor de alpiste: «¿Tú sabes quién me ha robado el espejo?» «No te conozco, así que no me preguntes nada.» «Bueno», y Lavrenti sigue investigando.

Con barba de cinco horas, Lavrenti entra en una tasca inmundada que atiende un tipo como de cera: «¿Tú sabes quién me robó el espejo?» «Sí, fue tu primo Catulo.» «¿Qué horror! ¡Mi propio primo! Pero a la mierda con los sentimentalismos: voy a buscarlo enseguida. Adiós.»

Lavrenti llega a casa de su primo, derriba la puerta con el hombro y descubre esta nota: *Me he fugado con el espejo que te robé. No te digo adónde para que no sepas dónde estoy. Fdo.: Tu primo Catulo.* «¡Maldito Catulo!», dice Lavrenti y quema la casa.

Con gran tristeza deambula Lavrenti junto a la muralla y ve a un soldado que llora. «¿Qué te ha pasado?», le pregunta. «Me herí.» «¿Con qué?» «Con unas zarzas. Tratava de entrar subrepticamente en casa de mi novia y caí sobre un hirsuto jardín.» «¿Y por qué querías entrar en casa de tu novia?» «Porque ella me robó un espejo; y yo, en justa represalia, me propuse arrancarle la piel a tiras.» «Muy bien —dice Lavrenti—: a mí me pasó lo mismo hace varias horas y, por lo tanto, seremos amigos para siempre. Démonos la mano.» «Aquí está la mía.»

Lavrenti y el soldado herido llaman a una puerta que abre una gorda. «¡Por fin, criaducha de porquería: apártate pues venimos a desollar a Sofía Piotrovská! (así se llama mi novia).»

Pero la mujer lloriquea: «Sofía se marchó dejando sólo una nota». «A ver.» «Miradla.» «Dice: *Me he fugado con el espejo que te robé. No te digo adónde para que no sepas dónde estoy. Fdo.: Tu novia Sofía.*» «¡Uy! Es la misma nota que me dejó mi primo.» «¿De veras?» «Sólo cambia la firma.» Y entonces Lavrenti y el soldado herido tiran de la gorda hasta la calle y queman la casa.

Bebiendo vodka en otra tasca inmunda, Lavrenti y el soldado herido musitan: «Seguramente Catulo y Sofía se han marchado juntos.» «Sí, así debe de haber sido.» «Habrá que buscarlos (quizás por todo el país o más allá) hasta que los encontremos y podamos darles su merecido.» «Esa será nuestra epopeya.» «Claro.» «Y la felicidad volverá a nuestros corazones para aletear en ellos hasta el hartazgo.» «Eso también.» Y los dos amigos continúan a murmullos sin darse cuenta de que tras ellos crece la sólida figura de un policía: «Eh, ¿sois vosotros los que andáis por ahí quemando casas?» «Sí, somos nosotros» pero «los propietarios o usufructuarios de dichas viviendas sustrajeron nuestros espejos...» «Sin embargo, vosotros cometisteis un delito grave. Así que os voy a meter entre rejas.» «¡Primero tendrás que cogernos!», exclama Lavrenti. Y ambos amigos atropellan al policía.

«¡Menudo pastel! —se queja Lavrenti, oscurecido su rostro por la sombra de un puente—. Hemos quemado dos casas y atropellado a un policía. Ahora tenemos que vivir escondidos para que no nos entrullen.» «¡Oh, amigo mío! ¿Qué haremos?» «No lo sé.» Y entonces pasa sobre el andén un coro de voces y botas: «¡Todo Moscú os busca! ¡Entregaos, entregaos!» «¡No pienso hacerlo! —susurra Lavrenti—. ¿Y tú?» «¿Yo? ¡Jamás!» «Entonces, lo primero es huir.» «Porque preferimos ser libres (o ampliamente libres pues la libertad absoluta no existe).» «Muy bien dicho. Lo segundo será vengar el robo de los espejos.»



Primera parte

POR UN ACRE VIENTO DE SIBERIA chirría una farola de ojo claro que revienta una pedrada subitánea. Al pie del acto vandálico surgen Lavrenti y el soldado herido. «Esta luz ya no nos molestará en nuestra heroica huida», dice el segundo. «Pero sí las siguientes —aclara el primero— y tampoco es plan ir dejando un rastro de delitos.» «Tienes razón, sagaz Lavrenti. ¿Qué haremos?» «Cambiar de estrategia.» Y se miran con dulzura y sienten ansia. Luego vuelven sus ojos hacia el suelo, oscuro, húmedo, tachonado de cristalitos, y meditan todo un instante. «¡Soldado herido!, fingiremos ser trasnochadores. Tú serás cojo,icamente. Y soltarás insultos en polaco. ¿Sabes insultos en polaco?» «Sí, aprendí varios en unas maniobras.» «Bien. Yo fingiré una monumental borrachera pero antes me arrancaré la barba. No me importa que me duela porque prefiero la libertad extensa al dolor concentrado.» Y Lavrenti comienza a arrancarse la barba: «lo otro que haremos, ¡ay!, será separarnos, ¡uh! Nos reuniremos al alba, ¡uf!, en el primer hotel del camino de Varsovia.» «Lo comprendí. Adiós.» «Adiós, ¡ay!, ¡uh!»

El sol, blanco como un disco de platino, se alza con timidez entre la gélida niebla rusa para contornear el hotel. Es un edificio alto y claro, con asedio de casitas herrumbrosas y árboles partidos. Junto a su puerta tirita Lavrenti, los ojos fijos sobre el cadáver de una rana, y a lo lejos se escucha ya la circular letanía que profiere el soldado herido. «Hola, Lavrenti. Me alegro de verte. Temía por tu seguridad debido a que fue bastante arriesgada nuestra maniobra nocturna.» «Yo también me alegro de verte, hombre —y se abrazan—. En cuanto abran aquí, desayunaremos; y enseguida partiremos hacia Smolensk, donde viven unos tíos míos. Ellos nos acogerán hasta que se olviden un poco nuestros delitos. Entonces podremos emprender tranquilamente nuestras venganzas.» «Me parece óptimo, Lavrenti, como todo lo que ideas, pero supongo que llegaremos con ham-

bre a la vieja ciudad de Smolensk (o no llegaremos en absoluto) pues la antedicha se encuentra a más de trescientos kilómetros de aquí. Deberíamos premunirnos, acoto, con cierta cantidad de dinero para comprar vituallas pues yo no deseo cometer más delitos.» «Muy bien pero cállate porque» una mujer de extraño rostro abre la puerta del hotel para subir las cejas y exclamar: «¡Otra vez!» «¿A qué te refieres con eso?», pregunta Lavrenti. Pero la mujer recoloca las cejas en su sitio y dice: «No necesito darte explicaciones sino pedir las: ¿qué queréis?» «Poca cosa: tomar un té (ojalá con pan).» «Son cinco cópecs por barba. ¿Teneís el dinero?» «No», responde el soldado herido. «Sí –corrige Lavrenti–. Yo tengo once cópecs, de modo que puedo pagar diez por el desayuno y aun me sobra uno para dejarte propina.» Y entonces la mujer sonríe como una larva.

Lavrenti y el soldado herido desayunan té con pan negro sobre una enclenque mesa que baila en un rincón de la cafetería. «¡Ufl, tenía frío –dice el primero– porque me he pasado toda la noche dando vueltas por Moscú. Mi casa, como puedes suponer, estaba vigilada por la policía.» «¡Yo iba a decir lo mismo!», exclama el soldado herido. Y entonces entran en el local dos personas: un hombrón, empaquetado en una chaqueta dorada, y una prostituta que sonríe fofamente. Se sientan ambos a una mesa grande, vestida con mantel y flores, y el primero da tres palmadas a las que acude la mujer de extraño rostro. Trae un lustroso samovar que pone en el centro de la mesa y dice con la barbilla baja: «¿Sirvo ya el té, señor ministro?» «De inmediato», profiere éste. Y la mujer se inclina y lo hace. «¡Fíjate qué vergüenza! –susurra Lavrenti–. Estamos a tres metros de un ministro que gasta el dinero público en putas (lo cual también es un delito) pero a él le hacen reverencias. Sin embargo, nosotros pagamos nuestro desayuno con dinero propio y casi lo tomaríamos con más calma si nos lo hubieran servido en el suelo.» «Es que él es poderoso y puede.» De modo que ambos amigos miran con odio mientras mastican y tragan, muerden, mastican y tragan... «Sin embargo –agrega Lavrenti–, podríamos ofrecernos a él para ganar algún dinero (sea público o pri-

vado) que buena falta nos hace.» «¡Yo no! —rehúsa el soldado herido—. Ahora soy pobre porque mi casa está rodeada por la policía pero en cuanto me paguen mi salario...» «¡Idiota! Ya no te pagarán ni un rublo porque no podrás volver al ejército... Además de prófugo de la justicia eres un desertor.» «Es verdad pero no lo proclames», y el soldado se acurruca, piensa, se revuelve en su asiento. «¿Acabarás?» «Estoy a punto de encajar la idea.» «¡Vamos!» «¡Hecho! Le pediremos trabajo al ministro.» «Pues terminate el té.» Y ambos apuran sus tazones, se levantan sin ruido y se arriman a la mesa con los gorros de piel en el pecho. «Señor ministro —dice Lavrenti—, disculpe la interrupción: ¿hay algún servicio que podamos prestarle?» «Sí —responde el jefeazo desde lo alto de su cuello torcido—, anoche dejé mis botas en el pasillo pero nadie las lustró. Si vosotros lo hacéis, os daré una propina.» Y las sonrisas de ambos: «¿Dónde están esas botas, señor?» «Justo al lado de la puerta 31, si es que aún siguen ahí, ja, ja, ja...» Y a la risotada del ministro sigue el cacareo estentóreo de la puta.

Lavrenti y el soldado herido pisan un penumbroso corredor mirando las puertas 29, 30 y 31. «¡Aquí están las enormes botas de ese petulante!», exclama el soldado herido. «No importa —dice Lavrenti—, las lustraremos igual. Con este pañuelo que me regaló mi difunta madre, hermana de mi tía Marfa, la de Smolensk. ¿Tú tienes betún, compañero?» «En absoluto.» «¿Y algo que pueda sustituirlo?» «*Nein.*» «Entonces habrá que conseguir mantequilla u otra grasa.» «¡Buena idea!» Y ambos amigos se miran con determinación.

Con pasos rápidos entra Lavrenti en la cocina del hotel y toca con un dedo el hombro de la hostalera. «Bah, creía que os habíais ido sin pagar.» «Eh, que nosotros somos honrados.» «Muy bien, ¿qué necesitas?» «Mira, antes te dije que iba a dejarte un cópec de propina pero no voy a poder.» «No es la primera vez que me pasa. Continúa.» «Sucede que necesito un poco de mantequilla para lustrar unas botas. De modo que si tú me la vendes, con lo que el dueño de ellas me pague...» «Ahórrate

tus falsedades, vagabundo, y saldemos cuentas.» De modo que Lavrenti saca de un bolsillo sus once cópecs y los riega en la mano de la mujer. Al instante, ésta los mira contándolos y mete su mano en el barreño de roble donde guarda la mantequilla.

Bajo el voladizo del primer hotel del camino de Varsovia espera un bruñido automóvil gris y plata y negro y un poquito verde cuyo motor ruge como el entrepecho de un gato. Lo pilota el mismo ministro que, sentado a la izquierda de la puta, brama oprimiendo el claxon: «¡Vamos, haraganes, que no tengo todo el día!» Y enseguida aparecen Lavrenti y el soldado herido con las botas recién lustradas. «Echadlas al maletero, rápido.» Y los dos amigos lo hacen. Pero antes de alcanzar su propina, el ministro acelera el coche y parte sonriendo hacia Moscú. El careo. «¡Se va sin pagar!» «¡Maldito!» Y la triste estampa de los pobres estafados: hombros sin fe, brazos verticales, las manos pringosas, los terribles pantalones. Pero también la ira que apunñan: «¡Nos vengaremos de él! ¡Lo juro por lo más santo!» Y Lavrenti besa la cruz de sus dedos. «¿Por medio de desollarlo vivo?», pregunta como un lince el soldado. «¡No hace falta ni decirlo!»

Moviéndose entre los abedules de un rodal fajado de sombras, Lavrenti y el soldado herido comen corteza para paliar el hambre. Algunos pajaritos celebran la mayor temperatura, pero los faisanes aún duermen. «Con esto —dice Lavrenti— llegaremos hasta el próximo hotel donde pediremos pan duro. Y así haremos el camino hasta llegar a casa de mis tíos.» «No soy yo —dice el soldado herido—, hombre de magníficas ideas, pero se me ocurre que el hambre o el veneno de estos troncos te han embotado la chispa.» «Habla. Y de preferencia más corto.» «Digo yo (y es con pena) que antes llegaríamos a Smolensk si hiciéramos autostop a cualquiera de los coches, camionetas o trailers que...» «Te entendí.» Y ambos escupen la pulpa y vuelven al camino. Allí, en lontananza: un automóvil de momento plateado, que se dirige a Smolensk, a Minsk o a Varsovia (quizás a Berlín, París, Burdeos o una aldehuela de Vizcaya). «¡Mira —re-

clama Lavrenti—, es el coche del ministro!» «¿Cómo lo sabes?» «Porque es gris y plata y negro y un poquito verde; y porque lleva la misma matrícula.» «¡Es! Con lo cual, ¿qué propones?» «¡Tú te harás el muerto sobre el asfalto y cuando frene, yo saltaré sobre él como una garduña! Te juro por lo más santo que le desollaré la frente y le arrancaré los ojos y le comeré la mentirosa lengua porque...» «Uy, qué rabia sientes, ¿no?: lástima que mientras la expresabas el coche pasó de largo.» «¿En serio?» «Sí, pero no sabes lo pésimo: en él iba Sofia Piotrovskaja (mi novia).» «¿Tu novia? ¿Con el ministro?» «No, con un tipejo pelirrojo, barbicaprino y encorvado.» «¡Ah, mi primo Catulo!» «Lo que confirma nuestra teoría de la fuga común.» Y ambos amigos miran a la vez un bache. «Me pregunto —dice Lavrenti— que hacen mi primo y tu novia en ese coche.» «No sé. A lo mejor se lo han robado al ministro.» «Y quizás fue cerca de aquí», añade con el batallón sucio de los dientes, con fuego en los ojos. «¡Sí!», y ambos salen corriendo.

No muy lejos de un lechón embarrado, en el arcén de la carretera de Varsovia, yace el ministro con la cabeza en el regazo de la puta. Lloro o grita la fulana en dirección al cielo y así se oculta la carrera de los vengadores. «¡Bingo!», grita Lavrenti al proyectar su sombra sobre el bulto. «¿Quién es?», consigue articular el ministro. «Los vagabundos del hotel, *honej*.» «¡Vaya por Dios!» Y Lavrenti le hace una seña al soldado. Segundos más tarde, cuatro manos atan al ministro de cara a un árbol próximo (la prostituta se quedó observando desde la distancia, en la misma actitud de quien presencia un sueño) y Lavrenti grita: «¡Voy a aplicar la justicia del pueblo ruso! ¡Soldado, dame un cuchillo!» «La justicia moderna —arguye entonces el ministro, con cierto sofoco en la voz— se rige por castigos menos salvajes.» Pero: «¡mejor cállate y no nos des lecciones!» «Como queráis, pero antes de hacer una tontería, debéis saber que desollar vivo a alguien (con más razón a un ministro y sobre todo si es de Justicia, como es el caso) se pena con muerte.» «No insista —tercia el soldado herido—, cuando mi compañero entra en rabia, no atiende a razones. Por otro lado, el derecho consuetudinario

o de gentes es anterior a la justicia nacional de modo que, según nosotros, procede la aplicación del castigo. Tú robaste el fruto de nuestro trabajo y ahora te desollaremos.» Y saca de una de sus botas una afilada bayoneta que barre con luces el lomo convulso del ministro. «Toma, verdugo, la mano férrea del pueblo ruso.» Y Lavrenti la toma; y con su áspera punta rasga la chaqueta recamada en oro y una camisa azul cobalto y una camiseta térmica. «Aquí está por fin el hombre», ríe sardónico y hace una profunda incisión en la que mete las garras para tirar. «¡Ay!», grita el ministro con el primer vértigo de la inconsciencia. «¡Se hizo!», braman los autores del crimen. Y, limpiándose las manos (reales y metafóricas), se dirigen hacia la estatua que de súbito les cede el paso. «Tu gordito —dice el soldado al pasar junto a la puta— no morirá de ésta, así que desátalo rápido y trata de que no se le infecte la herida.»

«¡Qué hice!», tartamudea Lavrenti entre hipos y babas. «Ciego de rabia —apunta el soldado herido—, desollaste al ministro de Justicia. Y ahora (si no se dan una serie de circunstancias rarísimas) se nos perseguirá por criminales: a ti como ejecutor del acto y a mí como proveedor del arma. Por lo mismo, te recomiendo que forjes tu carácter de inmediato.» Y sostiene a su amigo por los hombros. Y lo mira detrás de las córneas. Y le borra las lágrimas a manotazos. «Tienes razón», concede Lavrenti. Y se mete por unos abetos. Y se sienta en el blando musgo. Y empieza a estirar la cara. De fondo: el sol de bronce que declina, igual que la temperatura, y unos retazos de niebla gris o parda. «Se forja mejor con calor», deja caer el soldado herido. Pero sólo recibe a cambio los murmullos de la máquina que piensa. «¡Listo! —exclama al fin Lavrenti—. Ahora soy un criminal convicto y ya no hay marcha atrás.» Así que los dos se toman de los brazos y mezclan sus horrendas carcajadas con el aire fresco de la tarde.

Un ápice de fuego despunta sobre el levante tiñiendo de oro los lóbregos bosques rusos. Acá y allá se sorprenden los abetos, los charcos oscuros (con su corona de verdín) y un tan-

que oxidado que nadie pudo mover tras la última guerra caliente. «¡Como un tronco! —exclama Lavrenti saliendo por la escotilla del vehículo— ¿Y tú?» «Como un lactante —responde tras él el soldado herido—. Incluso me echaría a llorar de hambre para parecerme más.» «¡Ja, ja, ja! No te preocupes, camarada: saldremos a cazar algo.» Y con la sorpresa de un dedo añade: «¡Mira, allí hay un oso!» «Es verdad, y yo diría que está dormido (o muerto) ya que no se mueve.» «¡Vamos a ver! —le urge con las manos—. Si está dormido, lo mataremos.» «Y si está muerto, no.» Y los dos amigos saltan del tanque y se acercan al oso chapoteando. Con precaución lo observan hasta que rebulle un poco. «No está muerto», susurra el soldado herido. «Entonces trae acá la bayoneta». Y el primero se la da y la mano de Lavrenti la empuña con vigor y la sube. Pero «¡ah! —dice entonces el oso— Ya amaneció.» Y sus acechadores se envaran sobre un «¿esto qué es?» y «¿un oso que habla?» Pero los estómagos crujen «¡igual tiene carne» y «¡mátalo!», así que encogen de nuevo sus figuras. «¡No me matéis! —exclama entonces el oso—. Ya que no soy un oso sino un pobre muchacho envuelto en la piel de un oso. Pertenezco a la horda del temido Satílok y mi deber era vigilar por si venían intrusos durante la noche. ¿Vosotros, quiénes sois?» «Criminales», responde Lavrenti. «Neófitos», puntualiza el soldado herido. Y el muchacho: «¿Qué crímenes (o crimen) cometisteis?» «Yo desollé al ministro de Justicia», escupe Lavrenti aparte. «Yo le presté el arma», imita el soldado. «Es una auténtica proeza —dice el muchacho y saca un revólver—: a Satílok le encantará conocer los detalles, de modo que andando.» Y los tres salen cumpliendo la orden.

En un claro del bosque varios bandidos se arrojan, puñal en mano, sobre trozos de carne asada; también ríen con sus dientes de oro o sus encías partidas y beben vodka a gollote. Muchos de ellos llevan pañuelos en la cabeza, casacas de astracán, pantalones bombachos. Pero sólo uno, gigantesco y muy fuerte, luce aros de oro y collares de oro y anillos de oro. Es Satílok, el jefe absoluto de la horda. «¡Hoy —proclama con su vozarrón de buey— asaltaremos un tren de mercancías! Y con lo

que obtengamos por la venta del botín nos mudaremos a Yalta para pasar allí el invierno.» Y todos los bandidos jalean el plan saludando al cielo con sus botellas. «Pero antes mataremos a los dos frailes ya que nadie quiso pagar por ellos.» «¡Estupendo!» «¡Hurra!» «¡Lo soñado!» Pero... «¡Aquí! ¡Aquí! —grita desde lejos el muchacho bandido. Y todos estiran sus cuellos o los tuercen—: Capturé a dos criminales, Satílok.» «Muy bien, chicuelo, traelos acá.» Y enseguida llegan los tres. «A ver —pregunta el hombrón—, ¿qué crímenes habéis cometido?» «Ya no somos fanfarrones —responde Lavrenti— porque es de mal fario», y mira un segundo al chico. «Verás, nene —replica Satílok—: no tengo ganas de complicarme la mañana, de modo que si no lo dices, te mataré.» «Bien, en ese caso: desollamos al ministro de Justicia.» Y un silencio abisal. Y un murmullo como de peces pequeños. Y el frufrú de los ojos buscando a Satílok. Deja caer éste su cuerno de plata y enluta la voz para decir que «esta noticia me irrita sobremanera puesto que el ministro de Justicia, señor Ostmúsov, es mi principal protector, de modo que —ya brama de nuevo— ¡destruidlos!» Pero otro muchacho grita a lo lejos: «¡Nos atacan! ¡Nos atacan!» Y la conversación se acaba al instante.

Un capitán con uniforme verde, rubios bigotes y mirada glacial remata bultos ante la hoguera consumida: «...veintinueve, treinta, treintaiuno» y muda su voz a otra más enérgica: «Eh, vosotros —se refiere a unos soldados que vigilan el bosque—: tomad vuestras palas reglamentarias y abrid bajo esos árboles una fosa. En ella enterraremos a estos infelices para que no quede rastro de su inmundicia ni de nuestra precisa maniobra sucobélica.» «¡A sus órdenes!», responden los aludidos y marchan hacia el lugar señalado. «Y ahora... —vuelve el capitán a su voz privada— ¡a requisar se ha dicho!» Y saca un saquito de tela y empieza a vaciar los bolsillos de los bandidos.

Mientras tanto, en una cueva próxima, el soldado herido junta las cabezas de dos frailes sucísimos al tiempo que Lavrenti apoya en sus cuellos el releje de la bayoneta. Hay en cada par

de ojos un terror blanco, y jadeos en las bocas entreabiertas, mientras llegan a ellos voces minúsculas, como traídas al arrastre: «Los bandidos ya han sido enterrados, mi capitán.» «Muy bien: vámonos.» «¿Le ayudo con ese saquito, señor?» «Está usted más guapo, Davidenko, cuando se limita a obedecer las órdenes. ¿Me ha comprendido?» «Sí, mi capitán.» Y ya rugen los motores diesel. Y retumban las botas en las cajuelas. Y el bosque se traga todos los ruidos.

Con sendos fardos de ropa vieja (muy sucia de tierra y de sangre) avanzan por un camino arrabalero dos pobres frailes encapuchados. «Sublime la idea de profanar las tumbas de esos infelices», dice uno de ellos con la voz ahilada del soldado herido. «Sí —responde Lavrenti, más cavernoso—, también la de cambiar nuestra ropa por la de los frailes.» «Empero —insiste aquél—, lo de retornar a Moscú aún me parece estúpido. Comprendo que la magnitud de nuestro crimen haya activado la mortífera maquinaria estatal, como demuestra la acción sucobélica de esta mañana; también que el ministro del Interior, por urgencias de su par, Ostmúsov, haya ordenado la estricta vigilancia de las principales vías de comunicación. Pero ¿no seremos en la capital más pronto reconocidos, por ser habituales de allí, que en cualquiera de las cómodas aldeas que tachonan como pléyades la anchísima tierra rusa?» «¡Puff! —y la mirada abotargada de Lavrenti y el modo duro de estrujar sus labios—. Si me dejaras pensar, soldado herido.» «Adelante», concede éste y reduce un poco la marcha para mover desazonado la cabeza. Un segundo, dos, tres, cuatro. «¡Ya lo tengo!» «¡Por fin!» Y el soldado alcanza a su amigo entre saltitos: «¿Qué se te ocurrió? Dime.» «Le pediremos techo al estudiante Maskárov, que vive en esos bloques de color blancuzco. ¿Los ves?» «No.» «Pues te garantizo que existen. ¡Vamos!»

En una buhardilla del popular barrio de Príkovo una joven zíngara amamanta a un bebé haciendo ostentación de sus anchos y oscuros pezones. Junto a ellos Lavrenti y el soldado herido cepillan un caftán y sueñan: el primero, con los rublos que

obtendrá por la venta del trapo; el segundo, con hacerle el amor a la zíngara. De ahí su mirada firme, calenturienta, que a ratos nutre la mujer con una sutil sonrisa. «A ver si viene ya mi marido porque tengo hambre.» Y entonces se abre una portilla por la que entra desdoblándose un tipo de tez clara, pelo rizado y ojos soñadores. «¡Pésimas noticias! —es el saludo de Maskárov, quien arroja hacia Lavrenti un seboso ejemplar de *Pravda*—: Han detenido a los desolladores del ministro Ostmúsov.» «¿En serio?» «Ahí aparecen sus fotografías.» Y ambos amigos las ven y reconocen enseguida a los frailes que conocieron en la cueva. «Esto demuestra —prosigue Maskárov— que la mortífera maquinaria estatal está perfectamente aceitada, lo cual es fatídico para nuestros planes.» «Estás hablando de más», le advierte la zíngara. «No lo creo», replica Lavrenti. «Vas a hablar de más», vaticina el soldado herido. Pero «¿qué secretos caben ya entre nosotros?», se preguntan todas las miradas. «No me gusta fanfarronear», declara por fin Lavrenti. «Pero va a hacerlo», completa el soldado. «Nosotros desollamos al ministro de Justicia.» Y ambos adoptan la pose de orgullo. «No lo puedo creer.» «¿En serio?!» «Sí. Yo le presté esta bayoneta y él la empleó con maestría.» Pero «tendréis que demostrarlo», exige Maskárov. «¡Puedo hacerlo! —ruge Lavrenti—. En el diario de mañana (o de pasado mañana) veréis que los detenidos son en realidad unos frailes.» «Ex-rehenes del bandido Satílok, tan hediondo como este caftán.» «Se verá —sentencia Maskárov—, se verá», y enciende su pipa de brezo.

Como una pantera de las nieves o un *sputnik* nuevo, trepa el estudiante Maskárov a su buhardilla y se abalanza sobre Lavrenti que duerme solo en un rincón: «Escucha, escucha.» «¿Qué? ¿Quién?» «Es cierto lo que tú pronosticaste», y el estudiante estira un *Pravda*, no tan sobado como el de ayer: *Los detenidos por el desollamiento del ministro de Justicia son en realidad unos frailes, ex-rehenes del bandido Satílok.* «¿Y no dice lo de “tan hediondo como este caftán”?» «Déjame seguir: *Sin embargo, su rescate ha permitido obtener señas precisas del aspecto de los dos principales sospechosos (ver fotografía).*» «A ver», y Lavrenti cae sobre el perió-

dico: dos fieles retratos-robot, de él y del soldado herido, lo aterrorizan desde su portada. «¡Tú eres mi héroe!», chilla entonces Maskárov. «Yo sólo soy –replica Lavrenti en voz baja– un buen hombre arrastrado por su destino.» «Sí, y también un amante de la libertad extensa.» «Es verdad.» «Y de los principios duros.» «También.» «Y de la justicia absoluta.» «Eso lo primero.» «Pues esta misma tarde –Maskárov menea la cabeza– tenemos reunión del PRAC (Partido Revolucionario Anti-Capitalista). Y me gustaría que...» Lavrenti, que aún hojea el diario, da un respingo y traga aire. «¿Qué sucede?» «Te lo leo, escucha: *Ayer fueron capturados, en una granja próxima a Smolensk, los autores del robo del coche del ministro Ostmúsov. Se trata del fresador de tercera Catulo Nikulín y de la dependienta feúcha Sofía Piotrovska, cuyas casas ardieron hace unos días en la ciudad de Moscú.*» «¡Qué pena! –exclama Maskárov–. Más mártires.» Pero Lavrenti murmura «¡qué alegría!» y sonríe como una auténtica hiena.

En el estadio del Dínamo de Moscú, al amparo de las informes masas, se celebra la vigésimo segunda reunión ordinaria del PRAC (sección única) a la que acuden los seis miembros del partido (incluyendo a Maskárov, Lavrenti y el soldado herido). Dice el primero, en calidad de presidente: «camaradas, es un honor para mí presentaros a los auténticos desolladores del ministro de Justicia!», y extiende su mano hacia dos frailes que se descubren lentamente. «Con la ayuda de su ejemplo –prosigue Maskárov–, nuestro partido crecerá hasta convertirse en una tangible fuerza política y entonces... ¡tomaremos el poder!» «¡Bravo!» «¡Bien dicho!» «¡Sea!» «Sin embargo –el presidente sujeta estas expresiones con el busto tieso–, a nada llegaremos si no trazamos los planes oportunos.» «Yo propongo –dice un vejete jorobado– que llevemos a los héroes de fábrica en fábrica y de aldea en aldea, para enardecer las ansias narcotizadas de proletarios y campesinos.» «¡Bah! –responde otro anciano (éste es tuerto)–: eso está pasado de moda. Les haremos una página en Facebook.» «También –añade un tercer viejo que reúne las cualidades de los anteriores–. Y filtraremos la noticia a la prensa para que todo el mundo se entere de que los héroes desollado-

res son miembros del PRAC. Porque ya son miembros, ¿no?» «Sí —responde Maskárov—, ahora sólo nos queda esperar a que nos lluevan las cuotas.» Y todos se abrazan fraternalmente.



Segunda parte

UN MINUTERO OSCURO Y RÍGIDO corona de pronto la esfera del reloj para marcar con un «clic» las seis en punto de la tarde. Al timbrazo que lo sigue, reaccionan los muchos empleados de la oficina del PRAC. Se levantan de sus mesas como insectos y se alistán para salir. Lo hacen. Lo hacen. Lo hacen. Pero aún queda alguien, en un despachito con mampara de cristal. Difumina el vidrio esmerilado la figura soberbia de un hombretón que fuma un puro, que lo aplasta contra un cenicero de metal y que se dirige con pasos chillones hacia la puerta. La abre. Es Maskárov, aquel tipo utópico, mucho más gordo ahora, quien sale envuelto en un terno, y sujeta en una de sus manos una taleguilla de loneta. Más avance, más chillidos, la difícil torsión de cuello que le entera de su soledad; y la manipulación concienzuda de la rueda de una caja fuerte. Tras abrirla, sonrío con deslumbramiento y comienza a llenar el saquito.

Por un salón forrado de raso y vestido con muebles art-déco, transita, hecha un manojo de nervios, la zíngara Acté. También ella viste mejor (hoy por hoy la típica tenida de viaje), abulta más (está embarazada de nuevo) y tuerce el cuello con rigidez (tal vez como un conjuro contra los llantos de su hijo, encerrado en una pieza lejana). «Vamos, vamos.» Y por fin suena el teléfono, que la atrae con furia. «¡Sí!» «Soy yo —dice la voz del otro lado—. Todo está listo.» «¡Ya era hora!» «Te recojo en diez minutos.» Y la breve comunicación se extingue.

«Leonidov», le dice a su móvil un alto capitán del ejército con uniforme verde, rubios bigotes, mirada glacial. «Krot», res-

ponde en clave la voz inconfundible de Maskárov. Silencio de catedral, de nevada, de átomo. Y la mirada demoníaca del militar y el paso terrible de sus párpados por el placentero tremor de la noticia: «Capitán Leonidov, encuentra a los desolladores del ministro Ostmúsov en la calle Gorki, número 31, piso tercero, puerta primera.» Y la breve comunicación se extingue.

En un diminuto apartamento de la calle Gorki, número 31, Lavrenti y el soldado herido (mucho más gordos también), comen estofado de carne, beben whisky y leen periódicos nuevos. También se rascan los batines y eructan sonriendo. «¡Por Dios, Lavrenti, qué alborozo!» «¡Y esto no es nada! Ya verás cuando llegue el verano. Iremos a Sarátov y arrendaremos un barquito para navegar por el Volga. Además, pescaremos esturiones, jugaremos a las cartas y contemplaremos las puestas de sol. Completamente borrachos, por supuesto.» «Me parece un plan astronómico, amigo mío», pero retumba la puerta con un golpazo, algo así como una coza del mundo. «Menuda forma de llamar, ¿no?» «Debe de ser Maskárov, puesto que sólo él conoce estas señas.» «Anda, ve a abrirle, soldado herido», cuando suena un segundo golpe, tan grueso como el anterior. «¡Ya va! ¡Ya va! Pero no derribes la puerta». Y enseguida (tras el tercer golpe): «¡Lavrenti, escúchame, vi aparecer en la puerta el filo de un hacha de zapadores! Las conozco bien porque serví en ese regimiento durante algunos meses.» «Muy interesante tu digresión, camarada, pero ¡huyamos!» Y rápidamente anudan las cortinas, el mantel y seis servilletas con todo lo cual se descuelgan hacia la calle. «Apenas hemos llegado al segundo *étage*, si me permites el barbarismo, y nuestro ajuar se desgarró por el peso. ¡Ay, si hubiésemos sido más frugales!» «No es momento de lamentarse, idiota, sino de buscar una solución» que el soldado encuentra por anástrofe. «Es cierto —dice en consecuencia—: toma la bayoneta popular, que siempre me acompaña (o acompañó), y sálvate tú. Yo me dejo caer al vacío neblinoso.» Y lo hace braceando como una araña. «¡Soldado herido!, ¡soldado herido!», grita Lavrenti. Pero enseguida deja de hacerlo pues en su piso taconeán ya las botas de los militares y se escuchan los acucio-

sos clics de las armas. «¡Por aquí!», comprende entonces y patea el muro del que cuelga.

En un diminuto apartamento de la calle Gorki, número 31 (más en concreto en el piso segundo, puerta primera) (aun más precisamente sobre un raído diván turco) se masturba a manos llenas una joven de cabello rizado. Lo hace con una mezcla de detenimiento y furia, hasta que una nube de cristales con Lavrenti entra de golpe por la ventana. Terror en el rostro de la muchacha. Pero enseguida la compasión por el caído al que se acerca reptando. Lo reanima con algunas bofetadas (las últimas más fuertes) y Lavrenti, volviendo en sí, la contempla con los ojos del amor. «¡Ay!» pero las botas militares ya ruedan hacia ellos de modo que «me tengo que ir, vecinita, que si no...» Y el héroe se levanta y sigue huyendo (se entiende que por pasillos oscuros, cenas interrumpidas, tejados musgosos, bajantes oblicuas y jardines insólitos).

Amanece con prisa sobre la forma entera de Moscú, trazada por aullidos y silencios, enormes masas oscuras, tímidos puntos claros; y en la cúspide de la Colina del Gorrión, la figura arrugada de Lavrenti: «¡Pobre de mí, pobre! Solo sobre la tierra y bajo el cielo; traicionado por la ambición humana y sin un compañero que me consuele. Preveo la terca persecución que caerá sobre mí en cuanto mi forma se destaque del fondo. Y digo: ¡Ay! ¿Es justa tanta tragedia? ¿Es preciso tanto terror? Pero, ¡bah!, me estoy poniendo demasiado isabelino. ¿Qué tengo? Estas manos, esta arma. ¿Qué hago? Luchar: ser un hombre.» Y Lavrenti se yergue y lanza el grito: «¡Bola de oro!» en que ve reflejado su carácter. Detrás de él, sobre una mata espinosa, gorjea un alegre pajarillo.

Envuelto en los andrajos de un mendigo psicótico, Lavrenti espera frente al portal de su antigua casa de la calle Gorki. Sobre los amplios ventanales de la lavandería Kronstadt (aún cerrada) y el cuadrado de cortina que el vecino del primero nunca altera, ya trabajan dos hábiles carpinteros. Más arriba, la ventana batiente que desaloja aún el aire respirado por los trai-

dores. «¿Qué le habrá pasado al soldado herido? –se pregunta Lavrenti–. En la acera no se ven sus rastros. ¿Lo habrán capturado los militares? ¿Vivirá todavía? Pero silencio, boca, porque es el corazón quien habla: esos rizos que vienen por el portal me recuerdan a la delicia que jalona mi catástrofe. ¡Es ella!», la muchacha del apartamento 21 que, metida en un riguroso traje de chaqueta, abandona el inmueble como un tren. Su taconeo recuerda, en efecto, a los saltos de las ruedas en los rieles; y su forma de mirar, al foco que de noche los ilumina. «¡Eh, muchacha!», grita Lavrenti. Pero ella sigue adelante con total determinación. «No puede ser. Me ignora soberanamente. Sí, soberanamente porque es una zarina.» Y alcanzando a la joven, Lavrenti la agarra del hombro y le da media vuelta, como quien abre un armario. «Mírame a los ojos (o a la boca, si prefieres) porque estoy diciéndote que te amo. Y no es por interés, aunque me sobran los motivos.» «Yo –responde la muchacha– te reconozco a la perfección, falso mendigo psicótico, y también hiervo de alegría al verte. Pero debo advertirte cuatro cosas: soy judía, sorda, inteligentísima y más lúbrica que una perra en celo. Si aceptas mis características, es probable que envejezcamos juntos. Si no, vete en paz y no te preocupes por la ventana.» «Acepto tu condición, muchacha de rizos suaves (luego me dirás tu nombre), pero antes de que nuestras esferas se fundan, debes saber con quién te mezclas. Yo...» «¡Silencio! –y ella le tapa la boca con las manos–. Para que lo nuestro funcione, son precisos también los secretos. Si tú me aceptas como soy, todo está bien», y lo mira con dulzura y pestañas. «Amada mía, tú lo transformas todo en una ¡bola de oro!» Y se besan con histérica pasión.

Sobre el mismo diván en que María Deutscher solía satisfacer sus soledades, reposan ahora dos cuerpos, fundidos por el sudor del coito. Miran al techo, se rascan, fuman con la mano libre. Pero en los ojos de Lavrenti persisten aún ciertas sombras. «Estoy preocupado –dice adelantándose a su amada– por varios motivos que paso a enumerar: 1) mi situación en Moscú sigue siendo riesgosa, a pesar de tu abrazo y de estar tan cerca

del único lugar donde nadie me buscaría (aquí aprovecho para decirte que yo desollé al ministro Ostmúsov); 2) quien hasta ahora fue mi compañero de fatigas, el soldado herido, cayó a la calle braceando como una araña, y desde entonces no tengo noticias suyas; 3) quisiera averiguar si la intervención militar de anoche fue desatada por la traición de Maskárov o si el delator fue otro: en ese caso, cuál; 4) deseo vengarme de mi primo Catulo porque él me robó un espejo; y 5) quiero recuperar mi espejo. De modo que ya ves cómo están las cosas.» «Así es —responde María— pero te juro ayudarte en todo. Como te decía antes, soy una mujer listísima, lo cual te demostraré en términos prácticos: 1) te harás una cirugía estética para dejar de parecer tú (te propongo que adoptes el aire de un campesino uzbeko o kirguiz); 2) buscaremos y hallaremos al soldado herido por medio de una estratagema infalible; 3) visitaré la sede del PRAC fingiendo el deseo de inscribirme y haré preguntas romas para discernir el nombre del traidor; 4) averiguaremos el paradero de tu primo...» «Está en la cárcel de Irkutsk.» «Bien, y esperaremos a que salga. En ese momento, tú fingirás haberlo perdonado y lo desollarás como hiciste con Ostmúsov. Después (aunque también podría ser antes, en cuyo caso no llevaría el número 5), le preguntarás por la localización de tu espejo que yo supongo, ya a estas alturas, en algún extraño depósito o en el salón de un policía corrupto.»

Con sus típicos andares, llega la diligente María Deutscher a la sede del PRAC, en cuya puerta de prestigio halla un cartel que dice: «*CERRADO POR TRAICIÓN*». Bajo lo impreso, con duras letras rojas, se puede leer: *¡Ya verás, Maskárov, cuando te pillemos!* Pero el rostro de la judía ni se inmuta. Da media vuelta, detiene un taxi, sube en él: «A Kutuzovsky Prospekt, 28.» Y el vehículo sale zumbando.

Y entra zumbando para frenar ante un lujoso portal que tapa un hombrón de uniforme (azul marino, charreteras, botas de montar, gorra de plato). Un segundo, dos; y tras la ventanilla que baja, aparece María Deutscher empolvándose la nariz. «¿Sa-

be usted si tardará mucho?», pregunta la mujer mirando al portero. «¿Perdón?», replica éste. «Me refiero a Acté Maskárova. Tiene cita con el presidente de Rusia.» Y el rostro del hombre que se arruga intentando comprender. «Me envían para recogerla. ¿Sabe usted si tardará mucho?» «Pero –balbucea el portero– los Maskárov ya no viven aquí.» Y María ríe como un volcán: «¡Otra que se fugó al extranjero! ¿Adónde? ¿A Suiza o a Inglaterra? –y añade mirando al chófer–: Todas se fugan a uno de esos países. ¡Son tan vulgares!» Sin embargo, el portero no cae en la trampa (o cree no haber caído) y vuelve a su pose de eunuco bien pagado.

En el espejo de un escusado verde, Lavrenti contempla con dolor sus ojos «caucásicos, sinceros, humedecidos por gordas lágrimas, a los que esta misma tarde la cirujana Bronstein dotará de sendas bridas mongólicas con las que empezaré una nueva vida, basada esta vez en la impostura. A las mismas sumaré un áspero deje centroasiático que no encuentro hermoso. Pero ya seguiré luego con estas interesantes lamentaciones pues oigo –se oyen– los inconfundibles pasos de María.» Se abre la puerta de entrada y se cierra. Tintineo. «¡Amado mío! ¡Ya estoy aquí!» «Yo no respondo. ¿Para qué?» Y los martillazos de la mujer por el pasillo, la llamada carpintera, el empuje, el beso. «Te añoré: ¡follemos!» Pero Lavrenti declina: «Prefiero saber si se confirma o no lo de Maskárov.» «Se confirma: huyó a Suiza con la zíngara Acté.» «¿Cómo lo averiguaste?» «Se lo pregunté al portero de su casa.» «¿Y él te lo dijo así, sin más?» «Me lo dijo con el cuerpo. Comprende que las judías sordas poseemos una intuición triple.» «Lo comprendo, María, pero a cambio te pido que valores que ahora debo desollar también a Maskárov, para lo cual se me impone viajar a Suiza.» Y entonces la mujer, diluyendo su habitual rostro, inventa el de una gorda madre mediterránea para confrontarlo directamente al de Lavrenti: «¡Amado mío! ¡Fuego de cada noche! ¡Luz de cada mañana! ¿Cuál es tu afán por impartir justicia a troche y moche?» «No lo sé –contesta Lavrenti–; supongo que me surge, como a otros robar cuotas o leer a Nekrásov.» «Bien –y de nuevo la cabeza fuerte

de María, su rígida espina dorsal—. Añadiremos esa venganza a la lista de tareas.» Y extrae de su mochila un rollo que extiende. «¿Qué tal quedó el cartel?» «*Wonderful*.»

Un pequeño mendigo psicótico cojea por la Plaza Roja y se detiene ante un poste de cemento. En él: un cartel con la imagen de la bayoneta popular y las siguientes palabras impresas: «*COMPRO ANTIGÜEDADES. INTERESADOS MIRAR HACIA LA DERECHA*». Lo hace el pequeño mendigo y descubre, entre campanarios cipulares y catenarias de trolebús, a un grueso oriental que mira, con los brazos cruzados, hacia un punto del horizonte. «¡Eh, Gengis! —exclama el primero acercándose—, ¿dónde conseguiste esa bayoneta?» Y el oriental vuelve entonces su lento cráneo y sobreafila los ojos. «Háblame un poco más», ordena. Pero «no te entiendo —replica el otro—. Te he hecho una pregunta y tú...» «¡Soldado herido!» «¡No! Yo no soy ése.» «Sí lo eres. Y yo soy Lavrenti.» «Bueno, es posible que yo haya conocido a alguien llamado así pero desde luego era menos chino que tú. Y no hablaba como un uzbeko.» «Es que la cirujana Bronstein dotó a mis ojos de sendas bridas mongólicas con las que empecé una nueva vida, basada esta vez en la impostura, y a las mismas hube de sumar un áspero deje centroasiático que no encuentro hermoso.» «Pero digo yo que podrás quitarte el deje por un rato, ya que no las bridas.» «Sí, por supuesto.» «A ver, háblame un poco más.» «¿Qué quieres que te diga?» «¡Suficiente, amigo mío!» Y se abrazan como mironeros.

Frente a la puerta del apartamento de María Deutscher, Lavrenti (con una llavín en la mano) y el soldado herido (rascándose la tripa), susurran entre sí estas palabras: «Antes de entrar, te contaré que mi novia es más lúbrica que una perra en celo. No me extrañaría que tratara de acostarse contigo. Pero te lo advierto porque te conozco: si consientes en hacerlo, te mato.» «Por San Basilio te lo juro, amigo mío: puedes confiar en mí.» Y entran en la casa de «María (que está leyendo a Nekrásov), él es el soldado herido (de pie junto a la puerta). Soldado

herido (acercándose), ella es María (con cara de circunstancias).» Y se dan la mano como jueces. Acto seguido, la mujer señala la mesa y los tres se sientan a cenar (un platito de borsch y una patata partida en tres). «Yo soy cajera del cine Pushkinsky —dice de repente María— y he empleado todos mis ahorros en la operación de Lavrenti. A ti, soldado herido, sólo puedo darte esta sopa y un tercio de patata; también un jersey apollillado y una bufanda roja. Quiero decir con lo cual que por hoy no te preocupes pero mañana...» «Lo entiendo», dice el soldado herido. «Pero yo no», agrega Lavrenti. «¿Y cómo esperas que sobrevivamos, tarambana?» «Fácil: conseguí un trabajo de costalero.» «¡Genial, cosita mía! Tu amigo puede quedarse. Entre los dos ahorraremos para que le operen. Y entonces», el soldado herido se levanta sobre un «¡jamás!» que crispa a todos. Tintineos de los platos que se aquietan. Las cortinas rehaciéndose del susto. «¿Por qué?», pregunta Lavrenti. «Por un asunto de responsabilidad histórica que no quiero debatir —y el soldado herido vuelve a sentarse—. Cambiando de tema, ¿se sabe por fin quién nos traicionó?» «Sí, fue Maskárov: robó las cuotas del PRAC y se largó a la verde Suiza.» «¿A Suiza? ¿Con Acté?» «Obvio, y con su hijo Maliuta.» «¿Y también con...?», un fulgor trémulo en sus ojos. «No sé a quién te refieres.» «Al feto que se nutre en la zíngara: ¡es mi hijo!»

Cabizbajo y de rodillas, ora el soldado herido ante un icono negruzco. «Bisbís, bisbís», es la onomatopeya de sus rezos que siega de golpe un portazo. Se santigua el hombre a toda prisa, se levanta, besa la imagen y la embute en una bolsa de astracán que se cuelga del cuello. Luego gira sobre sus talones para encarar a Lavrenti que cae sobre un silloncito y pronuncia con enojo: «¡Hay que ver las cosas que hace uno por la amistad!» Pero el soldado herido, muy rápidamente, le aproxima una cerveza destapada y entonces la alegría asoma a los mofletes del cargador. «Distraete con esto hasta que llegue María», quien incurre de pronto en el salón: «Lavrenti, soldado herido, tengo dos noticias: una buena y una mala. ¿Cuál queréis saber primero?» «La mala», responden ambos a coro. Y María abre los bra-

zos, mira al techo y asperge entre risas: «¡Mi padre ha muerto!» «¡Ajá!» «¿Y la buena?» «La buena es –María ya convulsiona un poco– que me ha dejado un fortunón.» «¡Cómo! –grita Lavrenti saltando del sillón como un resorte (de hecho, le sigue un resorte pero no se le puede atribuir el impulso que...): Entonces, ¿tú eres de buena familia?» «Creía yo que no, amado mío, pues por ser tan lúbrica, mi padre, un rico petrolero del Mar Caspio, me echó de su casa hace dos lustros. Ahora, sin embargo, me avisan de que me incluyó en su testamento.» «¡Oh, qué alegría!», exclama el soldado herido. «Yo digo lo mismo. Y con vuestro permiso anuncio que mañana por la mañana me voy del mercado de Cherkizón.» «Eso, ¡que se rompan las espaldas otros!» Pero «lo siento, Lavrenti, cariño. Eso no podrá ser –y una curiosa sonrisa de la Deutscher– porque mañana, a las ocho en punto: ¡nos casamos!» «¡Hurra!» «¡Hurra!» «Y a la once y media, los tres, salimos de viaje hacia Suiza. Ilegalmente, claro.» «¡Bravo!» «¡Seal!» «¡Mi sueño!» «¡Podremos impartir justicia!» «Y hacer algo de turismo. Al volver, compraremos una *stanitsa* cerca de Majachkala y allí esperaremos a que Catulo salga de la cárcel.»

La luna emerge tras los Alpes como un incendio de sus coronas de nieve mientras las olas baten con rigor la orilla del lago Léman. Hacia ella se arrima una lancha oscura que lleva a tres sombras similares. Topan con un crujiendo embarcadero, saltan a él y, tras alcanzar la tierra firme, se pierden entre tibias luces, entre casas.

Con los labios grasientos, descansa el expolítico Maskárov en una chaise-longue junto a su esposa, la zíngara Acté. Los rodean algunos muebles, hartos de repercutir sonidos, y las tenues respiraciones de sus vástagos, dormidos por fin en sus cunas. «¡Ah! –bosteza el hombre–, me voy a la cama.» Pero en ese momento retumba el chalet como en el clímax de un terremoto. «¡Por Dios!» «¡Jesús!» Y los llantos sincrónicos de los niños. Y la mirada agónica de la madre. Y la carrera servil del ama. «¡Saldré a averiguar!», dice Maskárov. Pero ya grita una mujer

junto a la puerta: «¡Ayuda! ¡Ayuda!» Y las prisas. Y el cerrojo. Y la cara descompuesta de la Deutscher: «¡Caballero! ¡Mi marido! ¡Hemos tenido un accidente!» Y el ruso que sale tras ella, regando pasos por el parterre y nubecillas al aire fresco de la noche. Saco. «Pero, ¿qué pasa?, ¿esto qué es?» «El pago a tu traición, Maskárov.» Y entre cuatro manos duras arrastran al expolítico por setos, pedregales y un arroyo que le moja las babuchas, hasta la silueta del árbol en que lo atan. «¡Compañero —dice Lavrenti—, préstame la bayoneta!» «¡Aquí la tienes!», responde el soldado herido. Y ya el atroz desgarrarse del batín, de la camisa, de la piel nunca preparada. «¡Ay!» con el desmayo del agudo dolor; y sonrisas que la noche nos ahorra. Pero allá, dos haces de luz que se acercan de tronco en tronco. «¡Nos persiguen!», susurra la Deutscher. «¿Quién será?», pregunta Lavrenti. «Police!», aclaran en francés. Y un disparo que golpea en el hombro al soldado herido. «¡Me cago en Guillermo Tell!», bufa mientras cae al suelo. Y pronto Lavrenti y María: «Vamos, que es sólo un rasguño: levántate.» «No, camaradas, huid, pues es preciso que salvéis este secreto: yo soy Pavel II, legítimo zar de Rusia.» «Sí, soldado herido, muy bien.» «La bala debió de darle en la cabeza.» «¡No estoy bromeando, lerdos! —y el soldado saca un bolsito de astracán que pone en manos de Lavrenti—: Aquí se encuentran, además de un icono muy antiguo, los perfiles que me acreditan como bisnieto de Nicolás II, por la línea de la dulce Anastasia. Todo esto os lo cuento para que comprendáis la abismal importancia del hijo que tuve con Acté. Lo raptaréis y lo llevaréis a Rusia para entregárselo al almirante Mákelsson, de la Comandancia Naval de San Petersburgo. Él es fiel a la Causa Neozarista, de modo que os protegerá como un padre.» Pero ya resuena, mucho más cerca, otro disparo, de modo que «ahora, marchad con Dios y cumplid con la Patria.» «A sus órdenes, majestad.» Y Lavrenti y María se marchan.

Parecido en todo a un haba seca, el almirante Mákelsson, de la Comandancia Naval de San Petersburgo, limpia con una gamuza sus lentes y se los pone en la nariz para ver con precisión al oriental que se alza al otro lado de su escritorio. Luego

mira al teniente Wronsky, sujeto del brazo de Lavrenti como una mujer, y pronuncia con voz bentónica: «Retírese.» Lo hace el subalterno con urgentes pasos a la vez que el viejo señala un sillón. «Dice usted –le cuenta entonces a la ventana (quizás a las nubes que gravitan sobre los muelles)– que posee un secreto relativo al *bisnieto de la Patria*. ¿Podría explicarse?» «¡Yo soy amigo del zar Pavel II!», proclama Lavrenti, y Mákelsson retorna la cabeza con un crujido, alza sus manos como reliquias: «¡No diga usted sandeces!» «¡No son sandeces! –replica Lavrenti–. Al soldado herido, ahora Pavel II, lo hirieron en Suiza, donde seguramente está. Pero yo traje a Rusia al hijo que él tuvo con la zíngara, así que la sangre Románov...» «Ta ta ta ta –ríe Mákelsson con su inquieta dentadura–. Las palabras, amiguito, son hojas que se lleva el viento. Muestre sus pruebas o le mando a las Kuriles.» «¡Aquí están las pruebas!» y cae sobre el tablero del escritorio la bolsa de astracán sudado. «Él me las entregó», mientras las manos del viejo marino extraen el oscuro trozo de madera y unos papeles algo más claros. «¡Por san Telmo: el icono Románov! ¡Y los Pergaminos Genealógicos! Entonces es cierto lo que dices.» «Nunca miento porque soy honrado», explica Lavrenti. «Muy bien, muy bien. La Causa recompensará tus servicios en cuanto entregues a La Criatura y se le practiquen Las Pruebas Genéticas –a lo que añade para sí–: ojalá que no sea demasiado oscuro. Dime, pues, oriental, ¿qué deseas?» «Ir a la cárcel.» «No entiendo ni jota.» «Sí, a la cárcel de Irkutsk. Debo ingresar en ella, desollar a mi primo y salir indemne para recuperar el magnífico espejo que él me robó.» Y los ojos del viejo marino que se arrugan un poco más.

Gris vapor de agua sobre un fondo de baldosas verdes y la figura de un hombre pelirrojo, barbicaprino y encorvado, que recibe con incuria el hilo de agua caliente que cae del techo. «Hola, Catulo», cruza a sus espaldas una voz. «Hola, Uzbeko», responde en perfil y ya se reconcentra en su paraíso. Por un momento, los dos hombres desnudos, de espaldas; el pelirrojo negándole algo suavemente a la pared, el oriental concentrando la fuerza de su ira. Luego de unos segundos, se agacha, extrae

del ano un cuchillo; y garra en el pelo, filo en la yugular. «Tienes dos opciones, primito del alma: o te mato en este instante o me respondes a una pregunta y después te desuello.» «Opto, es claro, por la variante 2 pero antes de que hagas tu pregunta, querido primo, sabrás que yo no robé tu espejo.» «¿Ah, no? ¿Y la nota que dejaste en tu casa?» «Te lo explico, si me permites.» «Muy bien pero hazlo rápido.» Y aquí empieza la explicación de Catulo: «Aquella tarde de octubre, que nunca voy a añorar, entré yo en tu casa para saludarte y vi a unos extraños hombres que en ese preciso minuto envolvían tu espejo con un papel. “Eso no es vuestro”, les dije, pero dos de ellos sacaron sendas pistolas, me condujeron a mi casa y me dictaron la nota que tú leíste. En cuanto la firmé, sentí un golpe en la cabeza; y al recuperar el sentido, me encontraba, maniatado y confuso, en un lugar que olía a cerdo. Junto a mí, una mujer más o menos rubia me soplabá en la cara y me decía “despierta, despierta”.» «Uno de esos dos imperativos te lo podrías haber ahorrado. Continúa.» «Bueno, pues a esa mujer, que se llama Sofía Piotrovska, le pasó algo parecido: tenía en su casa un espejo de su novio que otros extraños hombres (o quizás los mismos) también le robaron a la fuerza.» «Bien, ¿y qué pasó luego?» «Con mucho esfuerzo, logramos soltar nuestras amarras y descubrir que estábamos en una pocilga próxima a la carretera de Varsovia. Un lechoncito al que quisimos coger salió a la misma y provocó el frenazo de un automóvil gris y plata y negro y un poquito verde del que saltó un hombre —el ministro Ostmúsov—, también interesado en perseguir al cerdo.» «Ajá.» «Mientras tanto, la mujer que iba con él le reía los trotes desde la valla sin prestarnos atención alguna. Cuento corto: les robamos el coche y nos pusimos en ruta a Smolensk con ánimo de escondernos en la granja de mi madre, tu tía Marfa. Allí fuimos apresados, como seguramente habrás leído en los periódicos. Y, bueno, aquí me tienes, empezando a odiar las duchas.» «Voy a creerte, Catulo, porque eres mi primo, que si no...»

Rosado palacete moscovita ante cuya reja de bronce antiguo transita una oronda mujer con echarpe. El resto de su in-

dumentaria también es gris pero en tonos más oscuros. Botines altos, un trozo de pierna porosa y falda con lamparones. Llega al portón, toca el timbre y le muestra a su pasado un perfil rojo y seco por el frío. «¿Qué desea?», pregunta la mirilla. «Vengo por lo del cartel.» Y ya la puerta se abre sobre un lujoso recibidor. «Espere aquí», le dice una secretaria de aspecto estalinista que desaparece a patadas por un pasillo. Al fondo: bisbiseos agudos, un par de ruidos, y la rígida figura de María Deutscher que se acerca preguntando: «¿Qué trae usted?» «Este espejo de latón», responde la gorda y saca uno, poco mayor que una agenda, medio turbio y orlado con fantásticas figuras. «Hm —lo toma la judía, lo sopesa, le pasa por el dorso un diamante—, ¿cuánto pide por él?» «31.000 rublos», desafía la mujer. «Muy bien, se los pagaré enseguida. Pero antes me dirá la procedencia exacta de este objeto.» Y sin que la pobre mujer alcance a inventar nada, recibe un sonoro bofetón: «¡Confiesa que es robado, mala pécora!» «Sí, es robado —y las lágrimas enormes y los hondos hipos—: es que llevo una racha fatal. Primero lo de la pobre Irina. Luego el incendio. Más tarde aquello, ¡aj!, y por fin el viejecito que se apagó dulcemente entre mis brazos.» «A ver, ¡explíquese!», ordena María Deutscher. «Hace algún tiempo, entré a servir en casa de una mujer muy buena pero que me pagaba muy mal. Se llamaba Sofía Piotrovská. Bueno, el caso es que Irina, la hija menor de mi hermana, necesitaba una operación urgente. Y como yo no tenía más que unos pocos rublos, tomé de casa de mi señora este espejo que era de su novio (un soldado muy pero que muy petulante) y mandé hacer una copia a un artesano de la calle Lérmontov. La idea era vender el original y devolver la copia a su sitio pero mi sobrinita murió y yo quedé con el delito a mis espaldas.» «Ah, ahora lo comprendo.» «¿Cómo?» «No, nada. Continúe usted.» «Bueno, pues un día mi señora (no sé por qué) le robó el espejo a su novio y se fugó para evitar la venganza. Pero cuando él se enteró, vino a casa con un amigote suyo y la quemaron. Entonces me puse a buscar colocación de nuevo y por fin entré a servir al político Mas-károv que me llevó con su familia a Suiza. Allí fuimos asaltados por unos criminales que después le robaron a un hijo. Imagíne-

se el papelón, señora. Me despidieron ¡así! y tuve que volver a Moscú, pero con estas referencias... San Petersburgo. ¡Menudo frío pasé yo en San Petersburgo tratando de colocar el espejito! Pero por fin tuve suerte (o creí tenerla) pues me contrató el almirante Mákelsson, un viejecito adorable que dos semanas después se apagó dulcemente entre mis brazos.» María Deutscher mira fijamente a la criada: «¿Eso quiere decir que murió?» «Pues sí.» «¡Vaya, qué contratiempo!» «La muerte, hija mía, siempre llega a deshora.»

Tumbado en un mugriento colchón de espuma, con sus manos por cojín y las pupilas clavadas en el techo, Lavrenti reflexiona de este modo: «¡Aj, Mákelsson, viejo repulsivo y traidor! Prometió sacarme de la cárcel a primeros de año, y aquí estoy todavía, a 18 de abril, cada vez más obsesionado con estos puntos: 1) ¿Es Pavel II tan traidor como Mákelsson?; 2) ¿por qué una banda de extraños hombres organiza tal operación de encubrimiento en torno al robo de dos simples espejos?; y 3) ¿me habrá sido fiel María en estos meses? Como no sepa rápido de estas cosas...» una rata llega junto a su hombro y chilla. «¡Ah!», responde Lavrenti y salta del catre. «¡Iiiii!», responde el roedor, también parado en sus patitas. Enseguida mueve los bigotes, baja y se acerca al hombre mostrando una mochilita que lleva en el lomo. «Ah, tú eres una rata amaestrada.» «¡Iiiii!» «Y me traes algo.» «¡Iiiii!» «A ver, veamos qué es.» Y Lavrenti extrae de la mochila una lima, un bolígrafo, un trozo de papel en blanco y una carta que dice así:

Querido esposo mío:

Como te conozco y te comprendo, me permito aliviarte con las siguientes respuestas: 1) Tu ya larga estadía en la cárcel de Irkutsk se debe a que Mákelsson ha muerto. Él y Pavel II formaban por sí solos la tan mentada Causa Neozarista, de manera que nada se pudo hacer por ti hasta ahora. 2) Hace unos días tuve la oportunidad de entrevistarme en la cárcel de mujeres con Sofía Piotrovska quien me puso al corriente de las extrañas circunstancias que rodearon al robo de los espejos. Ellos guardan (lo intuyo) mucho más de lo que reflejan. Y 3) sí, te he sido fiel, aunque reconozco que

en diecisiete ocasiones estuve a punto de traicionarte. En fin, tú ya sabes (yo lo voy descubriendo ahora) que en la pareja puede más el amor común que el propio. Pero dejemos la filosofía moral para más tarde y atiéndeme: junto con ésta, viaja una lima con la que deberás...

Del extenso patio carcelario, un viento húmedo que sopla del Baikal levanta una sábana de polvo que pule a trompadas los grises pabellones de los presos y las altas torres de vigía. Quiebra este arrastre la tímida paz del alba, lo mismo que el brutal helicóptero de rotor doble, modelo Ka-27, que se posa en el patio, recoge a dos internos y vuelve al cielo entre rizos de tierra.

Lavrenti y María Deutscher se besan a bocajarro sobre el asiento trasero de un Rolls mientras Catulo y un chófer, sentados en la parte delantera, vigilan con estupor la ruta. Corre bajo unos el vértigo físico del placer; bajo los otros, la púa lacerante de la envidia, mientras el coche se acerca por un conglomerado de viviendas, iglesias y comercios al famosísimo hotel Europa. Ya llega el negro automóvil y se detiene ante un botones de inmediata sonrisa al que arrolla el tifón de los amantes. Hall con alfombra azul, escaleras, pasillo, puerta 31. Y el satén, el satén, el satén que se traga los cuerpos y los digiere.

«Y ahora mírame, Lavrenti, porque tenemos que hablar.» «Dime, María.» «Por tu carta supe que habías perdonado a Catulo. Pero de tu desollamiento suizo llegó a saberse en la anchísima Rusia. Ergo, todo el PRAC (reconstruido por obra mía en torno a tu ejemplo) se halla a tus órdenes aquí en Irkutsk. Son cinco mil miembros entrenados y decididos que llevan media semana haciéndose pasar por congresistas y que quieren únicamente acción.» «¡Bah! —responde Lavrenti—. A mí no me interesa la política.» «¡Pero a mí sí!», replica la mujer. «Lo comprendo, lo comprendo. ¿Y qué hago?» «Aceptarás la presidencia del partido, prenderás la llama de la revolución anticapitalista en Irkutsk; y acompañando a su extensión por toda Siberia (y más allá) llegaremos a Moscú al mando de cien mil fieles. Una vez allí, te

proclamarán primer presidente uzbeko de Rusia.» «Vaya, no sabía que fueras tan ambiciosa.» «Ni yo tampoco.» «Pero, como te idolatro, digo “vale, amada mía” y me comprometo contigo en esta hermosa guerra que prenuncias.» «En tal caso, querido Lavrenti, voy a entregarte tu espejo. Toma.» «¡Oh, qué bien!»

❧ *Epílogo*

SENTADO FRENTE A LA YURTA que comparte con Dojnaa, una mongola embarazada por él, Pavel II descubre en un periódico que Lavrenti ha sublevado con éxito a Irkutsk. Ordena a su mujer que desarme la tienda y parten rápidamente a caballo. Los acompaña un niño de marcado aspecto zíngaro.

La revolución praccista triunfa también en la Siberia Occidental y Lavrenti recibe felicitaciones de todas las ONG's del mundo. También le notifican que China amenaza con invadir Mongolia y que la OTAN ofrece su protección al gobierno legítimo de Moscú. «Nuestra situación es mala», reconoce sobre estos hechos María Deutscher. «Pero con mi ayuda mejorará», agrega Pavel II irrumpiendo con furia en el salón de mandos.

Dos días más tarde, Lavrenti proclama a Pavel como zar de todas las Rusias y gana para la Causa (ahora sí con mayúsculas) a todos los sectores descontentos. En consecuencia, los praccistas logran la victoria en la guerra civil e instalan su capital en Smolensk. Elecciones generales que ratifican a Lavrenti como presidente plenipotenciario de una monarquía constitucional. María Deutscher es nombrada ministra del Interior.

A cambio de la cartera de Defensa, un tal Leonidov, capitán del ejército (uniforme verde, rubios bigotes, mirada glacial) ofrece a Lavrenti el segundo espejo que en confrontación con el otro revelan, en forma de holograma azul, los planos técni-

cos de un ovni. Interpelado por este curioso fenómeno, Pavel II declara ignorarlo todo, y es encerrado en un *gulag* donde pierde la razón.

Por otro lado, Lavrenti y María Deutscher (ya completamente corrompidos por el poder) ordenan el asesinato del capitán Leonidov y emprenden en secreto la fabricación de dos mil ovnis de guerra.

Meses más tarde, el insulto de un casco azul sobre una vieja húngara de credo ortodoxo se convierte en la excusa necesaria para la declaración de la Tercera Guerra Mundial, que los rusos ganan fácilmente.

Sobre las cenizas de Roma, una cálida tarde de septiembre, Lavrenti se autoproclama Rey Del Mundo (con mayúsculas) y canoniza a su perro Tolstói.